

En Francia y en República

UNA FAMILIA PULVERIZADA POR EL ODIO CRETINO Y SALVAJE DE LA HISTORICA JUSTICIA CRANESA...

[Día 24 de septiembre del año 1935]

Crepúsculo difuso, cálido y esplendoroso que rueda silenciosamente a través de estas colinas africanas teñidas de incomparable y magnífico azul. El mundo orneado, ávido de sensaciones y lujurante como una selva del trópico, hierve en el corazón de esta ciudad sojuzgada, cretinizada por el soberbio y legendario despotismo de la Francia pólpa. Burgueses de toda laya y de la peor ralea; adiposos, apopléticos, muerden vanidosos en las puertas de los cafés más cétricos sendos y costosos habanos... El escarpateo femenino pasea su ladina y sabia sensualidad ante el sadismo de estos vampiros de carnaza proletaria.

Los leprosos del trabajo, los «chomeurs» también desfilaban ante esta gentuza que siempre se halla bien con Dios y con la justicia... Pero no hay ninguna expresión gallarda en la mirada de estos miserables esclavos. Ni rabia ni rebeldía... Esta procepción de harapientos de razas distintas, viven satisfechos. El eructo de la gentuza acomodada, les halaga. Es el rebafío humano, escoria aventada de todos los continentes. Es sustancia bien triturada por el martillo pilón de la burguesía francesa. Alguien vigila, canta malévola la pervivencia de estos privilegios: la usurpación violenta del valor, de la riqueza almacenada; la ley y tras la ley arcaica, deforme y criminal los perros de presa que desde sus guaridas acechan el botín en este caso y en la mayoría, de carne inocente...

Las siete de la tarde, de un atardecer lleno de vida para los que saben amar la naturaleza en su magnífico y libérrimo esplendor... Un fuerte tirotoe hiere el ambiente atmosférico del centro de la ciudad. El instinto de conservación pone alas en los pies de hombres, mujeres y niños. Taxis y policías despejan como por arte de encantamiento. Poco después se comenta en los corrillos que ha sido asaltado un banco y muerto un transeúnte, joven de 19 años que recibe una bala en el corazón. Los coches de los subversos comienzan su función. Ordenes, bocinazos, denuestos groseros de la fobia truhana y rufianesca. Los perros de pie se desparan como plomo derretido por todas las calles de la urbe. ¡Pobre del bicho viviente que caiga bajo este plomo en fusión!... Correteamos de un lado a otro. Unos perros se lanzan en persecución de otros. Los seguimos. Uno de los tres agentes persecutores, rechoncho y línfático, corre desatinado. No acertamos a comprender el objeto de tal carrera. Ni un sólo indicio de presa se observa por ninguna parte. Como tocados por un resorte hacen una parada repentina frente a un edificio: el «Ateneo Español».

Un hombre de aspecto proletario va tranquilamente calle abajo. Acaba de despedirse de unos amigos y se dirige a sus ocupaciones. De pronto observa la presencia de dos agentes de policía que se lanzan miradas insinuantes. Ya rodeándole, le preguntan: —¿Tiene papeles? El hombre enseña sus documentos. —Haga el favor de seguirnos. —Digan, señores, mi documentación está en regla. ¿podría saber de qué se trata? —No se preocupe. Se trata, sencillamente, de unas preguntas que desea hacerle el señor Comisario. Camino de la comisaría, las miradas de los esbirros se hacen más punzantes. El ciudadano inhiere discretamente con el gesto.

—Continúe. ¿Lleva usted la pistola? —Pero... Oigan. —Siga adelante.

Los alrededores de la comisaría están tomados materialmente. El ejército policíaco se ha movilizad. Guardia móvil, municipal, gendarmes, indígenas, confidentes y toda la gama al servicio del Estado, merodean el edificio y pululan por la ciudad en busca de presa. Cada distrito de la ciudad tiene un «bureau» de policía repleto de esta gentuza. A uno de estos «bureaux» han conducido al ciudadano en cuestión.

Todos se precipitan sobre el detenido. Insultos groseros y golpes salvajes. Un asedio de preguntas entre tanto suplicio. Se le deja respirar un momento, para continuar el interrogatorio.

—¿Conoce a Julio Morente? —Es mi hermano. —¿Criminal! Acabas de matar a un hombre. Asesino, perro español. Dí: ¿dónde has dejado la ametralladora con la que nos querías matar cuando has asaltado el Banco? ¿Has matado a tu hermano?

No puede contestar. Dos puñetazos a un tiempo le han desplomado. Se le incorpora.

—Contesta. ¿De qué asociación es este sello con las tres letras F. C. A.? ¿Qué quieren decir estas letras? ¿de qué tratabas en ese Ateneo español, en esa cueva de bandidos que era la agrupación cultural española, donde todos os dabais «rendez-vous»? ¿Dónde tienes la orden del día que os dabais cuando ibais al campo? Y los periódicos revolucionarios que vendiais, la «Revista Blanca» y «Tierra y Libertad». ¿Quién los vendía en la agrupación?

—No sé nada. —Y la querida de tu hermano. ¿dónde vive?

—Mi hermano Julio no ha tenido nunca ninguna querida. Era muy joven todavía. Sólo tenía diecinueve años.

—Y tú, ¿tienes querida o eres casado?

—Soy casado. —¿Por la ley?

—Por la naturaleza. —Bueno, si... tu querida. Y las ropas que hemos encontrado en tu casa ¿dónde las has robado?

—Yo no he robado nunca. A mí sí que me han robado durante cinco años, casi todos los patronos de Orán. Las ropas que habéis visto en casa son producto del amor y el esfuerzo de una madre cariñosa durante varios años y al trabajo de mi propia compañera.

—Tú sabes muchas cosas. Has de confesar todo lo que sepas de lo contrario... ya sabes lo que te espera. ¿Con qué individuos se reanúa tu hermano, y cómo se llaman?

—Me preguntáis cosas que ignora. Se repite la lluvia de golpes. El detenido rueda nuevamente por el suelo. Sobre su cuerpo van pasando los esbirros con ánimo de aplastarle. Se le conduce a presencia de los empleados de la banca asaltada. Nadie le reconoce como un participante en el hecho. De vuelta a la comisaría, continúa la tortura. El suplicio se prolonga hasta nueve horas. Son las cuatro de la mañana. Desde las doce de la noche está de pie, frente a la pared, expuesto a las miradas de cualquier sádico... Se le conduce a la «sureté générale». A estas horas, las detenciones son numerosas. También ha sido atropellado el padre de los Lorante, anciano de 70 años. Hasta su conducción a la cárcel pasa cuatro horas en un constante delirio. Piensa en su hijo de 19 años, muerto al pasar por la calle durante el tirotoe. A grandes gritos pregunta por su «Julito». Quiere que

¡EQUIDAD! ¡JUSTICIA!

También nosotros, los que — a pesar de todo — formamos parte integrante de esa cosa que llaman pueblo, pedimos una justa separación de nuestras condenas.

Desde el cambio político que hubo de producirse el 16 de febrero en las urnas, venimos hora por hora y día por día, esperando que los hombres del nuevo gobierno — cosa naturalísima que ha de sobrevenir a todo triunfo electoral de una política democrática — recuerden que las cárceles y presidios de España se hallan poblados de los llamados presos comunes, los cuales son también acreedores a toda mejora o beneficio que haga menos gravosa nuestra situación y que vaya en pro de nuestra libertad. No deben los hombres que hoy vuelven a regir los destinos del pueblo por obra y gracia del pueblo mismo, olvidar que todas las injusticias deben ser reparadas, y nosotros somos víctimas de una injusticia social.

Que sean analizados por los hombres que encarnan la justicia en España, cuáles fueron las causas propulsoras que nos indujeron a cometer la falta (sea cual fuere), cuyo delito purgamos hoy en estas ergástulas.

En la conclusión que de ello saquen, sólo hallarán una responsable: la sociedad.

Ella y solamente ella, fué quien nos arrastró, dadas las circunstancias, a cometer determinada falta. Y siendo la sociedad la responsable de que, involuntariamente, cometiésemos un delito por el cual más tarde habíamos de ser condenados, la sociedad misma, en atención a sus errores, e interpretando el verdadero sentir de la justicia, es quien únicamente, tiene el deber de reparar sus equívocos. En esto va nuestra libertad, con la que nunca estuvimos reñidos y a la cual amamos tanto como el que más.

Son dos los meses que de nuevo gobierno llevamos, y esto, para nosotros, no ha sido nada nuevo. Aquellas esperanzas optimistas que, en consecuencia del triunfo electoral de izquierdas, vinieron a llenarnos de alegría, en la creencia de una absolución para las penas que nos fueron impuestas, se han convertido en ego pesimismo. Es necesaria esa demostración palmaria, de que en España ha triunfado la República, triunfo este que viene a borrar aquellas fechas negras del predominio fascista y a llevar un poco de alegría a aquellos hogares que un día hubieron de dejar abandonados al azar, sumidos hoy en lágrimas y miserias.

Para evitar la continuación de estos males, nuestras compañeras, nuestros padres y nuestros hermanos votaron a la República. En la creencia de que, triunfante ésta, la libertad de sus deudos sería un hecho; lenitivo este que haría desaparecer el dolor reinante en los respectivos hogares. Es preciso que los actuales gobernantes, teniendo todo esto en cuenta, respondan a nuestras peticiones.

El indulto es cosa que no debe hacerse esperar; así lo exige la justicia.

Giren, pues, sobre sus gomas, las puertas de las cárceles y presidios, para franquearnos la salida de estos antros cavernarios y poder abrazar a nuestros familiares. ¡Indulto! ¡Indulto! ¡Indulto! Por los presos comunes de la Prisión de Madrid

FRANCISCO GARCÍA BARBERO

Abril, 1936.

se lo traigan. Se le obliga a callar, conduciéndolo a un calabozo...

Pocos días después, este hombre es expulsado del territorio francés, dejándose en él toda su vida; un hijo en el estomero y dos encarcelados bajo la inculparción gratuita de criminalidad.

MEFISTÓFELES

Del manido ambiente

LOS PROBLEMAS PLANTEADOS NO SE RESUELVEN CON TÓPICOS; SE RESOLVERÁN CON LA ACCION INTELIGENTE

A menudo se confunde al hombre inteligente que discute y razona frente a cada nuevo problema que se le plantea y se esfuerza por resolver, con el manejador de tópicos que a menudo se vale de las opiniones que frente a los problemas de sus épocas emplearon los hombres inteligentes que pertenecen a la historia; pero que de vivir en nuestros días, nos dieran sin vacilar:

Cada nuevo problema varía de los viejos en las formas de su planteamiento y son diversas las incógnitas de que viene aparejado; muchos de los métodos viejos son contraproducentes para resolverlo; hay por tanto que discutir y adoptar fórmulas nuevas y adecuadas para su solución si queremos que nuestros esfuerzos sean coronados por el éxito.

Desgraciadamente, para los que, a pesar de su empaque literario u oratorio, siguen aferrados al manejo de los viejos tópicos, esta forma de razonar les parece letra muerta.

Los hombre atacados de liderismo redentorista, más que de hombres inteligentes tienen de manejadores de tópicos y de ideas y conceptos viejos y manidos.

Para hacer poco menos que inmovilizable este aserto, nos bastaría con examinar detenidamente la historia y la vida de los líderes redentoristas y veríamos que la inmensa mayoría (por no afirmar que la totalidad) de los que padecieron y siguen padeciendo el delirio del liderismo redentorista de las multitudes, más que de lumbreras que disiparan las tinieblas, tuvieron y siguen teniendo, de trepadores hacia las jefaturas que en sus prédicas y escritos declan querer detentar.

En estos momentos en el escenario social español, han aparecido nuevos líderes redentoristas y en sus carteles electorales se ha prometido disímbicamente, para después de las elecciones, la felicidad al pueblo en general; pero mucho nos tememos, es decir nos tememos el 100 por cien, que los chulanes de la política, manejadores de tópicos y conceptos prometedores en vez de contribuir a poner a las multitudes sobre la pista de la entraña de los problemas, que para llegar a la emancipación que ansían han de resolver, no hagan más que oscurecer la conciencia del proletariado insurgente que se ha pronunciado por el seguimiento de la ruta de Asturias, y pretendan conducirlo por caminos tortuosos y equívocos alejándolo de su verdadero objetivo: de la revolución.

El horizonte social es claro y difuso. Las tendencias políticas están bien definidas. No hay posibilidad de equívocos; los hombres que no están al lado de las nuevas ideas de libertad, están al lado de la reacción; la democracia es imposible; lo que impera es la violencia de los estados y ahogar todo desecho y posibilidad de mejoramiento y libertad a que aspiran los pueblos.

Es, pues, necesario — entendiéndolo bien los líderes redentoristas parlamentarios y los obreros que los siguen — que el proletariado luche en el verdadero plano revolucionario; que para deshacer la violencia de la burguesía y su representante, el Estado, se organice revolucionaria y cerradamente en línea de ataque.

No que pierda el tiempo en cambalaches políticos ni en disquisiciones inútiles; en esta hora, es necesario que el proletariado insurgente desarrolle y emplee a fondo toda su potencialidad revolucionaria desde el amplio y estratégico campo que ofrece

la acción directa; que abandone el campo parlamentario, porque la actuación de los líderes «obteros» es negativa para el mejoramiento del proletariado y sobre todo para la revolución.

Diganlo sino, los obreros y revolucionarios que llevaron en Inglaterra a la gobernación del reino a Mac Donald y a sus satélites, los que en Bélgica llevaron a Vandervelde y los suyos, a los de Alemania que entregaron el poder a la socialdemocracia; a los que en Italia, siguiendo el consejo de los socialistas, después de haber tomado las fábricas mediante la insurrección, se las devolvieron a los dueños desoyendo la voz de los anarquistas que querían que el proletariado se empleara en la revolución a fondo. Y por último: ¿de qué ha servido al proletariado español que existiera un Parlamento con la mayoría de diputados de la U. G. T. y un gobierno con tres ministros socialistas y ugetistas?

Pues si toda esta pléyade de socialistas nada pudieron hacer desde el Parlamento y el gobierno en favor de la clase obrera, ¿a cuándo esperan para desengañarse de esa pérdida inútil de energías que gastan y hacen gastar al proletariado que los sigue, dando vueltas inútiles en la noria gubernamental y parlamentaria?

¿Por qué se gastan tantas energías morales y materiales en una lucha que como vemos sólo ha de favorecer a la reacción y debilitar la causa revolucionaria?

Esperamos que el proletariado y todos los revolucionarios pongan manos a la obra revolucionaria y abandonen a los manejadores de ideas que no sienten y de tópicos que nada resuelven.

La C. N. T., autorizada por sus afiliados, ya ha dicho públicamente cuál es su posición frente a las exigencias de la próxima revolución.

Tiene, pues, la palabra, la U. G. T. ¿Contestará afirmativamente? Si así no lo hace ¿en qué quedará el cacareo de sus líderes? ¿Y qué actitud será la del proletariado de la U. G. T. en este caso? Esperamos esa pública respuesta.

MIGUEL HERNÁNDEZ

¡CAMARADA!

Lee y propaga nuestras últimas e importantes ediciones:

LA REPRESIÓN DE OCTUBRE. Documentos para la historia de nuestra civilización. Un gran volumen de 256 páginas, con más de 60 ilustraciones documentales; algunas de ellas, inéditas, en papel couché. Precio, 2'50 pesetas ejemplar.

EL ANARQUISMO EN LA INSURRECCIÓN DE ASTURIAS. Pronto va a agotarse la segunda edición de este libro, juzgado por todos como el más imparcial y verídico de cuantos se han escrito. Precio, 2'50 pesetas ejemplar.

LUIGI FABBRI. — LA VIDA DE MALATESTA. La vida inquieta y fecunda del sabio pensador anarquista, vinculada a las más importantes conmociones de su época. 250 páginas. Precio, 3'00 pesetas ejemplar.

PEDRO KROPOTKIN. — ÉTICA. Origen y evolución de la Moral. La obra maestra y póstuma de Kropotkin, tan esperada por todos. 300 páginas. Precio, 3'00 pesetas ejemplar.

MAX NETTLAU. — LA ANARQUIA A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS. Es la primera historia de las ideas anarquistas. 350 páginas. Precio 3'00 pesetas ejemplar.

P. J. PROUDHON. — LAS CONFESIONES DE UN REVOLUCIONARIO. Uno de los libros donde se expusieron con más fundamento, por primera vez, las ideas anarquistas. 300 páginas. Precio, 3'00 pesetas ejemplar.

ERRICO MALATESTA. — EN EL CAFÉ. Diálogos. La obra completa del viejo maestro. 110 págs. Precio, 0'75 pesetas ejemplar.

— ENTRE CAMPESINOS. Diálogos. También hemos hecho una edición completa del universalmente famoso folleto de Malatesta. 48 páginas tamaño libro, con cubierta en colores. Precio, 0'30 pesetas ejemplar.

BARTHELEMY DE LIGT. — PLAN DE MOVILIZACIÓN CONTRA TODA GUERRA. Obrata que ha tenido gran acogida y repercusión en los medios pacifistas internacionales y que ha sido aprobado por el reciente pleno peninsular de la F. A. I. Su precio oscilará entre 0'75 o una peseta ejemplar.

— CANCIONERO REVOLUCIONARIO. 32 páginas, 0'25 pesetas ejemplar.

I. PUENTE. — FINALIDAD DE LA C. N. T. El Comunismo Libertario. 32 páginas, 0'25 pesetas ejemplar.

Encargos a nuestra administración, con el acostumbrado descuento a los corresponsales

Todos los socialistas convienen en preconizar la desaparición de toda propiedad privada que pueda servir para la explotación del trabajo ajeno. ¿Pero cómo concebir la propiedad colectiva o común?

Hasta la revolución rusa, todos los diferentes partidos y agrupaciones declaraban no querer confundir socialismo y capitalismo de Estado, sobre todo en respuesta a la crítica anarquista; pero los bolchevistas, después de casi una veintena de años de poder, se aferran siempre al capitalismo de Estado, y nada, absolutamente nada, hace prever que se preocupen de otra forma económica.

Ahora bien, si un capitalismo de Estado parcial puede asegurar a veces a sus obreros y empleados condiciones un poco mejores que el capitalismo privado, un capitalismo de Estado integral, o casi, coloca a los trabajadores a merced de la camarilla gubernamental. Si no puede ser satisfecha ninguna necesidad económica sin depender del poder político, este último se convierte en un poder absoluto que dispone a capricho de todo individuo.

El señor Stalin nos dice muy bien que «la verdadera libertad no existe más que allí donde la explotación está suprimida, donde no hay opresión de los unos sobre los otros, donde la desocupación y la indigencia han desaparecido, donde el hombre no teme perder al día siguiente el trabajo, el pan, el techo».

Pero hace falta una rara impudicia para pretender que todo eso no subsiste en Rusia. Admitamos que la desocupación sea bastante rara, como en todos los países en período de desarrollo industrial; pero la explotación, la opresión, la inteligencia, la pérdida del trabajo, del techo y del pan se verifican en Rusia como en todas partes. Es posible a quien sepa leer el ruso probarlo a través de la prensa bolchevista misma. Naturalmente, todo lo que hace Stalin es «con buen propósito», y pone eso aún lo que hace de peor en comparación con los regímenes burgueses no podría menos de ser aprobado. No hay más que exclamar: «¡Es por la revolución!», y el peor crimen es justificado, tanto, que Mussolini e Hitler han recurrido también a la misma justificación.

Pero volvamos a la propiedad colectiva. He aquí lo que Lucien Laurat ha querido decir:

«La propiedad colectiva no merecerá ese nombre más que si la gran masa de los trabajadores no sólo tiene el derecho, sino también la voluntad y la aptitud de disponer de lo que le pertenece nominalmente. La ley no puede crear más que el molde jurídico de una propiedad colectiva en potencia.»

«También la cuestión de saber si las medidas previstas por el Plan del Trabajo son nacionalizaciones o socializaciones, no podrá ser resuelta más que por los trabajadores mismos.»

Estado y Economía

«Sólo la conciencia y la lucidez de la gran mayoría de los trabajadores estará en condiciones de transformar las nacionalizaciones previstas en socializaciones efectivas. Si la clase obrera careciese de la madurez necesaria y fuese incapaz de ejercer el control sin el cual la propiedad colectiva es una palabra vacía de sentido, el mejor plan del mundo, aun cuando previese la socialización integral y la de la Luna incluso, no sería más que una vulgar engañifa y las nacionalizaciones mismas correrían el riesgo de conducir a la formación de una casta burocrático-técnica.»

Tenemos aquí una distinción entre nacionalizaciones — ¿por qué no decir más exactamente estatizaciones? — y socializaciones. Y Laurat nos dice, con razón, que la propiedad colectiva sin voluntad y aptitud para disponer de ella y controlarla, es una palabra vacía de sentido. En nuestra opinión también, pero con una centralización absurda bajo el pretexto de una economía dirigida, «la formación de una casta burocrático-técnica» es inevitable.

El Tribunal especial mussoliniano ha condenado últimamente al joven profesor universitario A. M. Pesenti a 24 años de prisión por propaganda socialista. De 25 años apenas, era conocido ya como economista en el extranjero, habiendo sido traducidas sus obras científicas. Tomamos de sus escritos esta cita:

«La cadena de las leyes mecánicas de la economía liberal acaba de ser quebrada: es el hombre el que domina la producción y no la producción la que domina al hombre. Sólo el socialismo puede realizar el máximo económico social, porque solamente superando las clases se pueden seguir las leyes de la economía, sin ser obstruido por el egoísmo y la falsa visión económica de las clases más fuertes que el Estado. La realización económica de esa libertad, de esa superación de la economía capitalista — que no puede hacerse más que por la revolución —, no exige una absurda estatización de toda la economía, sino la formación de nuevos equilibrios económicos, de nuevos grupos productores, controlados y responsables ante el Estado y que obrasen, no para obtener una plus valía, fuente de las crisis, sino a fin de asegurar la utilización de las conquistas del hombre para el bienestar humano.»

Por sí sola esta cita podría dar lugar a un largo artículo. Limitémonos a señalar el primer punto dado al hombre mismo y no a la producción, pese a los stakanovistas. Subrayamos también el hecho de encontrar absurda la estatización de toda la economía, aun reservándole un control del

Estado, que presupone ver subsistir intereses particulares en oposición al interés general, lo que se concibe mal en régimen socialista. Queriendo Pesenti una transformación económica real, no la concibe forzosamente más que por la revolución y exige nuevos equilibrios económicos, correspondientes a esos «balances» de que hablaba Proudhon. Cualquiera que sea la desconfianza hacia el Estado, no es absolutamente descartado, y, sin embargo, su egoísmo y su falsa visión económica pueden ser peores que los de no importa qué clase dominante.

Citemos aún a Lucien Laurat, donde encontramos siempre la misma contradicción entre la justa desconfianza hacia el Estado y el papel preponderante que le es asignado a pesar de todo:

«El principio mismo de la economía dirigida no es contestado — hacemos abstracción evidentemente de los hipócritas cuyo «liberalismo» no es más que el pseudonomio de una economía dirigida plutocrática —. La centralización de la economía moderna es un hecho. Es un hecho también que esa economía centralizada no puede ser dirigida más que por la dominación de un pequeño número de palancas centrales de comando.»

«Si esas palancas de comando caen en manos de un aparato de Estado dictatorial y totalitario, el mundo correrá el riesgo de volver a caer en la esclavitud o en la servidumbre.»

«La manumisión de los Estados fascistas sobre toda la vida económica, cuyas formas se vuelven cada vez más colectivas, muestra hoy con una claridad deslumbradora que esos moldes colectivos pueden convertirse en instrumentos de sometimiento y no de emancipación, si las clases trabajadoras no están en condición, por su actividad propia, por su voluntad y por su clarividencia, de asumir por sí mismas la dirección y la gestión.»

Hagamos todas nuestras reservas sobre esta necesidad absoluta de un pequeño número de palancas de comando centrales, tanto más cuanto que, en nuestra opinión, no pueden menos de caer forzosamente en manos de un aparato de Estado dictatorial y totalitario. Las libertades públicas se concilian con no importa qué centralización. Lo que Laurat dice de los Estados fascistas, puede repetirse sobre el Estado bolchevista y, además, ¿cómo concebir la dirección y la gestión de las clases laboriosas, haciendo prueba de actividad propia, de voluntad y de clarividencia, con la existencia de un pequeño número de amos de palancas de comando? Esos amos, ¿no serán, como lo ha dicho muy bien el fabulista, el enemigo?»

«¿Cuándo se decidirán, en fin, a concebir una economía verdaderamente social de nombre y de hecho y no estatista? Por el momento nos contentamos con constatar que los peligros y los males del estatismo son confesados por aquellos mismos que continúan propiciándolo.»

L. B.